

gritos profundos, desgarradores, histéricos, se oyeron en la calle. Entre los gemidos se escapaban imprecaciones:

—Se me acaba de morir! ¡Se me ha muerto! ¡José, mi José se me ha muerto! ¡Maldito sea ese mamón de curandero, que me lo echó el mal de ojo!

Era la mujer de aquel hombrecillo delgado, pálido. Un cáncer gástrico lo acababa de matar, no el curandero.

Aquello no ocasionó perjuicio al «Señorito». Todo lo contrario; su fama se incrementó.

—¿Te enteraste? Hace dos meses le dijo que se moría y se ha muerto. Al que le dice que se cura, lo cura, pero al que le dice que no, ese «casca» como mi abuela (q. e. p. d.).

Cuando un viernes llegó «el Señorito» distinguido, desde lejos, algo raro. Frente a la casa de Teresa se arremolinaba la gente tumultuosamente. Algo anormal ocurría.

Antes de bajarse de la «moto» se le acercó Teresa desencajada, lívida.

—Don Vicente, escape, váyase. La policía está ahí dentro. Vienen por usted.

No le dio tiempo a reaccionar. Dos inspectores ya se acercaban. «El Señorito» no descompuso la figura. Pese a que su rostro había blanqueado, aparentó tranquilidad.

—Vamos, pollo. ¡Tú eres el curulotodo?

La gente ofrecía un mudo coro humano en torno a ellos. Eran unos cobardes. Todos le habían aceptado durante dos años y pico y ahora le negaban con su silencio y pesividad. Sólo una voz salió en su defensa. Partió de una mujer enlutada. Era la viuda del canceroso.

—Déjenle. El no ha engañado a nadie.

«El Señorito» esbozó una sonrisa de agradecimiento mientras, impulsado por un empujón poco académico de un policía, penetraba en el coche-patrulla.

—¡Hijos de perra los que le hayan denunciado! —clamaba, desconsolada, Teresa, mientras con su fiera humanidad protegía lo único que le quedaba de don Vicente: la motocicleta.

...

—No hablaré nada hasta que llegue el comisario, ni enseñaré documentación alguna. Les ruego me permitan este deseo.

Los agentes de la comisaría no insistieron. A los veinte minutos llegó el comisario. Pasó a su despacho acompañado de los inspectores que habían, estérilmente, intentado interrogar al «Señorito».

A los pocos minutos se abrió la puerta y, secamente, fue ordenado pasar.

El comisario tosó bronco.

—Síntese. ¿Usted no sabe que está penado el ejercicio ilegal de la Medicina? ¿He oído hablar del intrusismo y de lo «mucho» que les gustan los intrusos a los profesionales?

—Perdone. Yo desearía hablar a solas con usted. Se lo agradeceré.

A un gesto del comisario, salieron del despacho los inspectores.

—¿Su documento de identidad? —leyó. Vicente Estrada González. Treinta y dos años. Domiciliado en Altamirano, ¿pero cómo? ¿Qué broma es ésta?

—Sí, no se altere. Yo le explicaré. ¿Quiere ver esta fotocopia? —El comisario no acertaba a comprender. Extendió la mano.

—Licenciado en Medicina y Cirugía... ¿pero, cómo es posible?

—Sabía que esto llegaría alguna vez —comentó Estrada—. Por eso, desde el principio de mi ejercicio, llamémosle ilegal, me acompaña siempre de la fotocopia. No quiero discursarle con el tópico de la pléyora médica, de los ingresos bajos... pero sí me comendé cuando le digo que tomé esta determinación al nacer mi primer hijo. Mis ingresos eran muy bajos y yo tenía que mantener dignamente a mi familia. Mi título y mi colegiación me autorizan a ejercer la Medicina, pero no especifican que sea con bata blanca y vitrinas cuajadas de brillante instrumental. Cuando así lo hice, yo no veía enfermos. Entonces comprendí que, si en vez de la bata blanca me ponía un sayón negro y si, en lugar de una mesa de reconocimiento, colocaba una pecaera con unos peces a los que tengo de antiguo en gran estima, y si cambiaba el Juramento Hipocrático por una lechuga diseçada, las cosas podían cambiar. Como así ha sido. Bueno, reconozco que ante mis compañeros —continuó Estrada, con voz firme— mi postura no es correcta; pudieran

avergonzarse de esta farsa mía, pero yo debo decirle a usted y a ellos, que los lunes, miércoles y viernes, «el Señorito» mantiene al pobre doctor Estrada, que ejerce la Medicina con toda legalidad en la calle Altamirano, con bata blanca y sin pecera. Y también tengo que decirle que mi curanderismo me ha enseñado algo que yo ignoraba, que la fe obra milagros, y eso no viene en ningún tratado de Medicina.

El comisario miraba absorto a Vicente Estrada. Se iba dejando ganar por momentos. No sabía si dictar anatema o rendir público tributo de admiración a aquel sujeto que comoagnaba la superchería con el ejercicio profesional; el trabajo de curandero con el orgullo de un título facultativo; en fin, que su verdadera magia consistía en hacer legal la ilegalidad.

—¿Un cigarro? —ofreció el comisario, con un gesto en el que se mezclaba una adustez formularia con un innegable deseo de que continuase explicando «originalidades».

—Gracias —Estrada encendió el cigarrillo del policía y el propio, con firme pulso; con la misma seguridad con que prendía el pábulo del velón. De acusado se estaba convirtiendo en acusador de una Sociedad más cerca del doctor Fausto que de Pasteur.

—Yo no puedo —continuó— curar a todos los «muchos» que van a pedir hora a Teresa, como tampoco lo puedo lograr con todos los «pecos» que acuden a mi consulta privada, pero un tuberculoso o un cardíaco, al que con mis preguntas (mirando a los peces, sí) sin que él se dé cuenta le estoy consiguiendo una historia clínica que me va a dar el diagnóstico, tengo usted la certeza de que logrará mejor curación con mi Hidracida o mi Digital porque no le extiendo una receta y sí, en cambio, le aseguro, con tono misterioso, que le volverá la salud con mi «flor de helacho» o mi «coral indio». Todo es cuestión de rebautizar los específicos y cambiarlos de envases.

—Bueno —interrumpió el comisario—. ¿Y los enfermos que precisan de análisis, radiografías, etc., para conseguir un cierto diagnóstico? Esos pierden el tiempo con usted; los está engañando.

—Le diré. Cuando mi «ojo clínico» no da más de sí en el interrogatorio y sé que todo puede depender de una «velocidad de sedimentación» o de un «electrocardiograma», tengo que rendirme. Comprenderá que no puedo citarle en Altamirano, porque sería mi «desprestigio». Existe una solución: le aconsejo que vaya a ver un médico y que le «analice sus humores», porque el caso es refractario a la medicina mágica. Y se van tan contentos. Aunque usted no lo crea, tengo fama de «curandero honrado». Al que le digo que se cura, se cura; al que le auguro que no hay nada que hacer, se muere irremisiblemente, y al que no sé lo que tiene, lo pongo en manos de un compañero, con medios auxiliares más eficaces que los peces y las lechuzas. Todo depende del desarrollo de unas facultades, como los médicos antiguos que no conocían el fonodisco. Yo acierto más observando y oyendo al enfermo, que auscultándole y explorándole por la pantalla de Rayos X. Por ejemplo, a usted me permito decirle que esa bronquitis asmática que tiene de unos años acá, se le curará cuando fume menos y no aspire el polvo de esta Comisaría.

—Pero... ¿cómo lo sabe? —exclamó, maravillado, el comisario.

—No es ningún misterio. ¿Usted cree que no me he dado cuenta de que han barrido hace poco, que acaba de fumar un cigarrillo y que cuando entró llevaba entre los dedos una celilla de puro? Es mucha coincidencia todo eso y que no haya dejado un momento de toser, para no diagnosticarle a usted una bronquitis asmática, irritativa, de origen alérgico, comprende?

...

—¿Qué farsante! Y le sueltan como si tal cosa —comentaban indignados los policías, en la puerta.

—¿Qué gran curandero! —pensaba para sí el comisario, mientras tosía como un energúmeno, al encender un «Partagás».

Vicente Estrada se alejaba con paso seguro, pisando fuerte, como un aristócrata de la Medicina.

(Ilustraciones de VALDIVIESO.)



"la comedia", de henri-françois rey

NO creo que «La comedia», de Henri-François Rey (Plaza y Janés, Barcelona, 1963) sea una buena novela. Me pregunto incluso si es una novela medianamente aceptable. La materia elegida no encierra ninguna novedad. Es materia que el cine, el teatro y la propia novela han tratado con no poca frecuencia en los últimos años. De otra parte, la fábula que da cuerpo a «La comedia», el trazado de los personajes centrales y la visión personal del autor ante este tema elegido, no ofrecen los suficientes rasgos de originalidad y profundización. Henri-François Rey reconstruye ante nosotros ese personaje ya típico —¿o acaso sería mejor decir mítico?— en la literatura contemporánea que es el hombre cuya vida no se orienta hacia ningún objetivo vital, cuya vida es un simple, un nebuloso estar en el mundo, sin otros alicientes que el sexo y el alcohol, los cuales, en la última instancia, no son para este personaje —el autor lo llama Franck— sino una forma de evadirse de la realidad, una manera de evitar esa respuesta radical y coherente que todo hombre ha de dar a su propio existir. Naturalmente: Franck es un desarraigado, un hombre indiferente por cuanto ocurre a su alrededor —él no trabaja, él no lee los periódicos, él no sabe qué responder cuando le dicen que el fascismo ya lo tenemos aquí, etc.—. Franck es también un desequilibrado, un enfermo, un hombre que anhela su propia destrucción. Y el momento trágico de su vida es aquel en que, una vez curado de su alcoholismo, descubre con asombro que ese anhelo de autodestrucción no obedecía al alcohol, sino a un impulso interior mucho más profundo. Es en este punto donde el señor Henri-François Rey, que durante todo el relato nos ha mostrado una especial predisposición al melodrama —las relaciones sentimentales entre Franck y Kim— escamotea la dimensión posible de su personaje al dar su caso por irremediables sin tratar ni por lo más remoto de indagar en los condicionamientos —de todo tipo— que le han llevado a esta situación y sin mostrar tampoco esa situación en el contexto social determinado.



"el viajero y su luz", de guillermo díaz-plaja

SE trata de un interesante libro de viajes. Pero no es «El viajero y su luz» (Editorial Argos, Barcelona, 1963) el resumen de un solo viaje, sino, por el contrario, un conjunto de notas y reflexiones de su autor, Guillermo Díaz-Plaja, a la vista de distintas regiones españolas y diferentes países. De esta manera, la lectura de este libro se hace especialmente agradable. En el curso de muy pocas páginas vamos de Copenhague a Berlín, de Grecia a Galicia, de África del Nordeste a Andalucía, de Turin a Gerona... Como el autor no se extiende en pormenores, como de cada sitio no quiere ofrecernos más que un solo aspecto, una observación personal, la lectura de este libro nos da la impresión de estar realizando un itinerario turístico a la velocidad de un avión a reacción.

No sé si esto es un defecto o una virtud. Probablemente no es más que una característica distintiva. Y uno piensa que está bien que, en este importante género que es la literatura de viajes y a libros en los que se describe minuciosamente una región, un país, y sus formas de vida, se den también estos otros, tan heterogéneos en su contenido, pero muy sugerentes en la medida en que permiten al lector, por su cuenta, establecer distinciones y comparaciones múltiples.

«El viajero y su luz» no es una colección de reportajes, sino, como queda dicho, de notas, de observaciones personales del autor. Aparte de que —por esa misma subjetividad a ultranza— algunas de sus opiniones resultan discutibles —del mismo modo que otras resultan reveladoras—, el único defecto que cabría oponer a este libro es el de que el autor, más que interesarse por las realidades sociales y humanas, se deja arrastrar, por lo general —y de una manera excluyente—, por las emociones estéticas.

por fernando molinero